

SOBRE LAS RELACIONES INTERRACIALES EN EL AFRICA NEGRA

HACE mucho que se habla de «el despertar del Continente Negro», y la frase ha alcanzado ya los bajos niveles políticos y periodísticos. La idea que en esa frase subyace, tal como es habitualmente entendida, es la de la inminente incorporación del mundo negroafricano a ciertas formas culturales de signo europeo y, subsiguientemente, la fatal insumisión al dominio político bajo cuya actuación coercitiva se ha verificado la en apariencia y suficiente iniciación.

Pero bajo tan simplista enunciación se cobija un conjunto de factores en complicada interacción. El problema fundamental arranca de las relaciones interraciales surgidas de la expansión cultural europea. En torno a las mismas se esquematizan las consideraciones que siguen, procurando eludir la resbaladiza sugestión de las conclusiones espectaculares a que tan propicio se presenta el tema.

Dos aspectos presenta la cuestión: el de las posibilidades de adaptación de los pueblos negroafricanos a unas formas de vida en cuya elaboración no han ejercido apenas influencia, y subsiguiente viabilidad de las configuraciones culturales determinadas por esa adaptación. Y el de las relaciones humanas concretas resultantes de la convivencia racial producida por la progresiva unificación del mundo bajo las formas culturales imperantes.

I

El problema básico del inmediato negroafricano puede, en bloque, enunciarse así: ¿Es compatible la aceptación de los elementos culturales imprescindibles para la integración dentro de los principios modeladores de la cultura imperante con la supervivencia de los elementos esenciales al actual vivir africano?

O bien, considerando un poco desde otro punto de vista: ¿Hay posibilidad de reelaboración de las formas culturales propicias al des-
envolvimiento del negroafricano, sin violenta torsión aniquiladora,
dentro de los moldes impuestos por la coacción histórica presente?

Es ilusorio pretender buscar precedentes históricos a las complejas circunstancias presentes. Las soluciones que al contacto interracial han encontrado en otros ciclos culturales, sólo en determinados aspectos puede ilustrarnos. La técnica moderna de dominio material del mundo y consiguiente empequeñecimiento de éste, la plenitud demográfica del espacio habitado y la considerable heterogeneidad de los grupos étnicos y respectivos contenidos culturales en contacto, hacen diferir profundamente las circunstancias actuales de cualesquiera otras aparentemente análogas del pasado.

Sin posibles precedentes históricos y partiendo de unos factores básicos en que diversas circunstancias accidentales han vertido un contenido pasional enturbiador, el enfoque de la cuestión exige una especial cautela. Intento escindir la compleja cuestión propuesta en un dual planteamiento:

¿Cuáles son las formas culturales imperantes del tiempo presente?

¿Cuál es la situación actual del africano en función de la posible aceptación de dichas formas?

II

Es indudable que vivimos una acelerada fluidificación de las formas culturales que, surgidas en el occidente europeo, consiguieron en un momento dado someter al mundo bajo su coacción modeladora. El momento presente se caracteriza por una considerable atenuación de su vigor impositivo dentro del área originaria. El mundo occidental ha perdido la fe en sus logros culturales, realiza la insuficiencia de sus propias soluciones y se siente como prisionero en la trampa de sus mismas creaciones. El dinamismo estructural que ha caracterizado la ascensión dominadora de Occidente ha entrado en una fase de necesario reajuste, caracterizada por una polarización antagónica de sus principios esenciales. Y como resultado de ello tenemos: por una parte, una aceleración vertiginosa que afecta tanto a determinados contenidos culturales como en una angustiada búsqueda de posi-

bles nuevas soluciones, casi siempre acogotadas en fáfara. Y por otra, una cierta corriente anquilosadora o, más bien, una tendencia al enclausulamiento, que afecta también a determinados contenidos particulares, y originada sin duda por una medrosa reacción ante la crudeza de la intemperie.

Esta debilitación de la estructura cultural se traduce en un vaciado de contenido vital. Las formas culturales de Occidente, al perder paulatinamente su esencia originaria, han superado las divergencias locales originarias y asumen actualmente pretensiones de validez universal. Pero su vigencia está limitada a una elemental exigencia en lo que afecta a las manifestaciones externas. Importa poco, en razón de su aceptación, el contenido real. Es más, una cierta diversidad de contenidos bajo una apariencia unificadora da a las modernas relaciones humanas una cierta tensión que sirve, en parte, de sustitutivo a la atenuación de vitalidad íntima.

El progresivo achicamiento de la tierra por los progresos de la técnica de dominio material del mundo exterior ha coincidido (queda por el momento ajeno a nuestro propósito la investigación sobre las causas profundas de esta coincidencia) con este relajamiento de la fuerza impositiva de nuestras formas culturales —vigor imperativo en estrecha relación con la fe íntima en las propias soluciones—. Y esta coincidencia influye doblemente sobre la situación cultural: debilitando las defensas contra las acometidas de elementos de las estructuras culturales ajenas, por otra parte cada vez en más íntimo contacto. Y permitiendo que bajo nuestros moldes culturales se cobijen seudomórficamente elementos de muy diverso contenido y procedentes de la desintegración parcial de esas estructuras.

Por otra parte, la vertiginosa aceleración del dinamismo estructural a que antes he aludido crea una situación de inseguridad en cuanto a lo que va a servir de principio morfogenético en el próximo futuro. Vivimos desde una sensación de provisionalidad en que es muy difícil encontrar cimiento firme para las inmediatas soluciones de convivencia que exige perentoriamente nuestra variable circunstancia. Por bajo de este encadenamiento de simulacros que constituye lo que en el momento presente consideramos como principios válidos para la universal configuración, fermenta una parcialmente acogotada insatisfacción elemental de cuyas posibilidades, en cuanto a impulso vital para la reelaboración de formas que superen el actual amorti-

guamiento, ha tenido el mundo recientemente una bien concluyente prueba. Y al margen del mundo occidental, en proceso acumulativo de segregación y aislamiento, surge una nueva pretensión de ordenamiento, respaldada por unas posibilidades de actuación coercitiva, cuya inminente amenaza contribuye decisivamente a exacerbar la tensión estructural presente.

III

En relación con el tema propuesto he, pues, de destacar en este rápido análisis de nuestra situación cultural tres conclusiones fundamentales:

1.º La atenuación del vigor impositivo de las formas culturales occidentales en su área originaria. Como consecuencia, un progresivo vaciamiento del contenido de las mismas. Lo que desde el punto de vista de su aplicación a áreas culturales ajenas significa una mayor facilidad de aceptación al poder cobijar seudomórficamente contenidos extraños.

2.º La desvitalización de las propias esencias culturales facilita la introducción de elementos culturales ajenos, aun cuando por el momento deformados en una aceptación superficial. Es ésta la posible primera manifestación de una tendencia hacia un sincretismo cultural. Y aunque las aportaciones negroafricanas sólo afecten por el momento a muy limitados elementos, notoriamente accesorios, no podemos descartar la posibilidad de una futura aportación de más trascendencia.

3.º Por otra parte, la cultura imperante atraviesa en bloque un período de marcada provisionalidad en que todos sus particulares contenidos están sometidos a cuestión. Las fuertes tensiones internas, frecuentemente en rotunda contradicción con las aparentes vigencias, hacen posible una brusca mutación en la estructura cultural. Ello habrá de afectar profundamente a las ulteriores relaciones con los pueblos de culturas diferentes, y de una manera imprevisible.

IV

El primer efecto de la expansión occidental ha sido la desintegración de las estructuras culturales sometidas. Esta desintegración ha tenido naturalmente diversas gradaciones. En razón de la consistencia y reacciones defensivas de sus estructuras sociales, en razón de diversidad de principios esenciales y heterogeneidad racial y en razón de la intensidad, duración y violencia del contacto.

La situación cultural presente en el Japón, Rusia, pueblos islámicos o Africa negra, desde el ángulo de su relación con las formas culturales que pretenden validez universal, difiere profundamente. Unicamente desde el aspecto político encontramos un motivo unificador: la rebeldía contra el mundo occidental en distintas gradaciones de realización, desde el logro pleno de segregación y subsiguiente pretensión de dominio hasta la insubordinación latente.

Limitándonos al área negroafricana encontramos los siguientes aspectos, de validez común para los distintos grupos étnicos o condicionados políticos:

1.º Las estructuras sociales tradicionales abarcan todavía la mayor parte de la población negra. Pero su función encuadradora se presenta muy atenuada. Pervive el principio de vinculación consanguínea, aunque el nexo vinculador no tiene suficiente fuerza para compensar las graves divergencias con que la pugna entre generaciones pone en peligro la coherencia del grupo. Los jefes tradicionales, cuyo prestigio, enraizado en situaciones superadas, es aún uno de los principales para el mantenimiento de la tradicional armazón sociológica, van paulatinamente extinguiéndose y su sucesión es habitualmente motivo para graves exteriorizaciones de las pugnas internas. Los nuevos jefes ejercen siempre su autoridad en precario y pocas veces cuentan con el asenso unánime del grupo; su poder está respaldado fundamentalmente por la potencial acción coercitiva de la superestructura colonizadora. El sentimiento de solidaridad con el mundo de los antepasados se relaja aceleradamente y cada vez cuenta menos como factor de cohesión. No es, pues, de esperar que el principio de consanguinidad siga por mucho tiempo informando fundamentalmente las estructuras sociales negroafricanas. Aunque la vinculación de parentesco persista

en las futuras reagrupaciones y condicionando el comportamiento de las mismas por medio de instituciones conformadas según moldes de aspecto pseudooccidentalizado.

2.º La pérdida del encaje definido que el individuo encontraba en la sumisión a la colectividad produce en el mismo una cierta nostalgia de coactividad. Variable, naturalmente, según los grados de desvinculación. Hay una búsqueda inconsciente de un encaje coercitivo que sustituya en su función la vieja estructura social.

3.º En esta necesidad de complemento sustitutivo de la personalidad insuficiente, ha encontrado clima propicio el desarrollo de sociedades de carácter superador de los círculos consanguíneos. Sociedades que unas veces son reforzamiento de las tradicionales con aportación de algún elemento foráneo y, más frecuentemente, vinculaciones jerarquizadas, de efímera duración, basadas en un cuerpo doctrinal donde se conjugan en abigarrada amalgama viejos principios revitalizados y variados elementos alógenos. Las vicisitudes de estas sociedades —reformas, cismas, etc.—, su rápida propagación y peculiar modo de adaptación a las distintas exigencias locales y, sobre todo, su rápido declinar, son expresiva manifestación de la tremenda inestabilidad que caracteriza a las concreciones sociales en que intenta afirmarse el anarquizado mundo negro.

4.º Del mismo carácter de provisionalidad participan los encuadramientos de masas negras desvinculadas dentro de esquemas conformes a moldes europeos. Así los partidos políticos, tanto los resultantes de proyecciones metropolitanas cuanto los presuntos nativos. Únicamente en el caso de que logren incorporar a su cuerpo doctrinal un principio seudomístico capaz de simular una solución para la radical insatisfacción en que se debaten, podrán aspirar a una cierta consolidación. De aquí el peligro de una súbita expansión comunista, si alguna vez logran un mecanismo de actuación que supere las deficiencias inherentes al medio humano en que se desenvuelven.

5.º En la misma línea se encuentran las concreciones sociales desarrolladas en torno a las explotaciones económicas y en parte encajadas en el mecanismo de las mismas. Aunque es indudable que en algunos casos han logrado condensar bajo su acción cobijante núcleos

de población (reestructurada parcialmente según principios alógenos basados en un equilibrio de contacto) con ciertas garantías de permanencia, que siempre estará condicionada a las vicisitudes de la empresa cobijadora.

6.º Al cesar bajo el fragmentado dominio europeo el permanente estado de hostilidad en que vivían las distintas unidades cosanguíneas y ampliarse las limitadas áreas de convivencia, se han originado acumulaciones espaciales humanas en que se yuxtaponen elementos de distintas procedencias. Hay, pues, una convivencia superadora, no sólo de las elementales agrupaciones consanguíneas, sino también, en los casos a que a ello se había llegado, de más amplios conglomerados étnicos. Naturalmente, las normas consuetudinarias reguladoras de la convivencia cotidiana pierden vigencia en estas acumulaciones. Ahora se trata de encajar dentro del conjunto normativo tradicional las situaciones atípicas resultantes de las exigencias del medio. Pero como estas situaciones constituyen la base de la nueva convivencia, el conjunto normativo tradicional sufre amplias desgarraduras al tener que hacer frente a la acometida de unos hechos totalmente ajenos a los principios en que estaba enraizado. Estas desgarraduras son provisionalmente zurdidas por improvisadas soluciones basadas, unas veces en forzados precedentes por semejanza, extraídos del repertorio consuetudinario y, con más frecuencia, en una solución de equilibrio miméticamente apoyada en las formas sociales trasplantadas por los elementos colonizadores, pero cuyo contenido está predominantemente influenciado por los principios que modelaban el comportamiento tradicional.

7.º Se puede registrar en los centros de acumulación humana una forma incipiente de opinión colectiva que, aunque insegura y dócil a la menor sugestión externa, inicia ya su potencial coactividad sobre ciertas manifestaciones del comportamiento individual. Esta coacción social no es aún de suficiente consistencia para considerarla como equivalente a la función modeladora complementaria que ejerce en las estructuras complejas consolidadas. Y difiere fundamentalmente en su naturaleza de la imposición colectiva característica del grupo consanguíneo originario. Pero su creciente coherencia y la eficacia con que actúa en relación con algunas formas determinadas de conducta, hace

suponer que con el tiempo adquiriera una efectividad conformadora de considerable importancia.

8.º Los intentos de encajar la dispersa vida emocional del negro dentro del estrecho marco de la familia monogámica no dan muestras por el momento de verse en vías de efectiva viabilidad. Ni los forzados por la actuación administrativa colonial, ni los determinados por imperativos económicos, ni los respaldados por una presunta fe religiosa, ni siquiera los en apariencia surgidos de la libre voluntad de contrayentes occidentalizados, han podido llenar, salvo raras excepciones, la mínima función cimentadora que en nuestra sociedad asume. No puede pensarse, dentro de las circunstancias actuales, en considerar la familia monogámica como célula base para una futura reestructuración. No quiere esto decir que no sea posible su existencia. Por el contrario, el condicionado económico la determinará como única posible en un futuro no muy lejano, siempre que continúe el desenvolvimiento económico dentro de las actuales líneas. Pero su función sociológica diferirá profundamente de la que asume, aunque cada vez más desdibujada, dentro de nuestra sociedad.

9.º La «Pax Colonial» ha tenido un resultado indirecto de importancia considerable. El estado de latente hostilidad que caracterizaba la relación entre los reducidos grupos autónomos en que se desmenuzaba la población negroafricana antes de la ocupación europea, exigía un continuo estar en forma guerrera. El grupo que se debilitaba sucumbía inexorablemente. Esto ocasionaba dentro del grupo un cierto ascetismo, manifestado en diversos rituales cuyas pruebas, algunas de gran dureza, era necesario superar para conseguir la estimación colectiva. Y como consecuencia, en la escala valorativa del negro, los primeros rangos eran para las manifestaciones de potencialidad bélica en sus múltiples formas. Las consecuencias de la paz y consiguiente subversión valorativa ha tenido una doble consecuencia: a) El relajamiento de la tensión ascética que exigía la permanente amenaza; tensión que no ha derivado hacia el ascetismo activista que en nuestra dinámica cultural es base esencial; b) La considerable baja en la estimativa general de ciertos grupos étnicos que habían logrado imponerse por sus virtudes guerreras, y correspondiente elevación de aquellos grupos cuya debilidad les ha permitido

adaptarse más fácilmente a las exigencias del colonizador y aprovechar la favorable coyuntura que —sobre todo desde el punto de vista económico— en la nueva situación se les ofrecía.

10. Las posibilidades de reestructuración social sobre bases religiosas no presentan un aspecto muy prometedor. La acción del misionero tropieza con el obstáculo supremo del medio social de la sobreestructura colonizadora. Por grande que sea el entusiasmo de los elementos de actuación misional, y aunque en ciertos casos logren transmitir este entusiasmo a los nuevos iniciados, el ejemplo de la sociedad blanca en que domina el escepticismo religioso o, en el mejor de los casos, una fe que se contenta con manifestaciones convencionales, enfría pronto los entusiasmos iniciales. Es muy significativo que los mayores éxitos misionales tengan casi siempre por escenario los lugares menos afectados por la contaminación blanca.

V

Sobre la cuestión concreta de las relaciones internacionales han interferido en función enturbiadora, múltiples factores extraños al problema real. Por ejemplo: la última guerra y su artilugio propagandístico; la adulación democrática para la conquista del voto numérico; la presentación en bloque del problema por generalización de determinadas situaciones concretas, etc.

Por todo ello la opinión dominante en relación con el problema difiere fundamentalmente según el medio en que se desarrolle. Es muy distinto el punto de vista de quien vive en íntima conexión con el problema que el de aquel para quien sólo se trata de un tema propicio a ciertas consideraciones teóricas. El conflicto surge cuando este último, sin tener de la realidad más que referencias indirectas, pretende imponer al primero las normas de conducta a que ha de ajustar su comportamiento en esta materia. De aquí la gran discrepancia que, como regla general, existe entre las respectivas tendencias metropolitanas y coloniales en materia de política indígena, discrepancia que en mayor o menor grado ha afectado a todas las particulares relaciones coloniales del Africa negra y que en algunos casos ha servido de base para serias divergencias.

El planteamiento de la discrepancia, refiriéndola exclusivamente al Africa negra, es en líneas generales y esquemáticas como sigue:

Por una parte se habla de que las relaciones entre blancos y negros, tal como se presentan en la actualidad, están prendidas por un sentimiento al que se califica de prejuicio racial. La peculiar subestimación con que se considere en bloque a determinados conjuntos raciales —entre ellos y principalmente el negro— no obedece más que a una supervivencia de situaciones sociales históricas que deben ser superadas. Por lo tanto, el sentimiento de subestimación racial no tiene apoyo firme. Pues no hay bases científicas que permitan afirmar la desigualdad esencial de las razas humanas. Es la contingencia histórica quien determina la aparente desigualdad que se observa. La mentalidad de un negro apenas difiere de la de un blanco de nivel medio. (Con gran alarde se ha puesto de relieve, sacando un poco las cosas de quicio, una pretendida rectificación póstuma de Levy Brull a su teoría sobre la mentalidad prelógica). Lo que sí se reconoce es la carencia de la raza negra en hombres extraordinarios, pero haciendo la reserva de que esto puede ser a causa de que aún no se ha puesto a la altura de sus posibilidades culturales. La adversión racial se funda no en un conocimiento científico, sino en simples reacciones emotivas derivadas de la situación de subestimación social y ajenas a toda consideración racional. Y así sucesivamente.

Desde el contrario punto de vista de la convivencia internacional directa, se afirma que todas las anteriores son consideraciones teóricas que sólo en parte tienen contacto con la realidad. Esta tiene unas exigencias que escapan a toda teorización ajena a la inmediata vivencia. Todas las situaciones de contacto racial en el Africa negra tienen, superando las particulares diferencias accidentales, a estructurar-se bajo unas ciertas formas de convivencia social manifiestamente uniformes. Hay, pues, un modo persistente de reaccionar ante el contacto, lo que responde a sentimientos indudables cuya importancia como principio ordenador sociológico es muy superior a las elucubraciones teóricas de laboratorio ideológico, por muchas pretensiones de racionalidad con que vengan respaldadas. Es innegable que si esta adversión instintiva, sea cual sea su origen, es una barrera de difícil franqueamiento para una convivencia sin limitaciones. Es de esperar que a lo largo del tiempo, y a través de una convivencia limitada, lleguen en gran parte a desaparecer o al menos a atenuarse estas mutuas ad-

versiones instintivas. Pero esto ha de producirse naturalmente; y querer establecer una forzada íntima convivencia conforme a planes pretendidamente racionales, que sólo habría de conducir a una exacerbación de los sentimientos existentes y ello implicaría un grave inconveniente para el logro de un equilibrio natural. En cuanto a la existencia de bases científicas que permitan o no afirmar la igualdad esencial de las razas humanas, es absurdo llevar la cuestión a un campo ajeno a las exigencias de un real planteamiento. Lo que interesa es señalar las características de una raza, obedezcan a factores genéticos, geográficos o sociales, en función de unas formas culturales determinadas. Y desde este punto de vista es indudable que el negroafricano se muestra en general poco propicio a identificarse con los principios culturales propios de nuestra cultura. Aparte de esto existen ciertas particularidades fisiológicas, las que afectan al sentido olfativo o al sentimiento estético, por ejemplo, de indudable importancia sociológica y que sólo tras un prolongado contacto pueden ser superadas.

La polémica se centra, pues, básicamente en dos puntos estrechamente ligados: el ritmo de acercamiento y los medios coactivos para su regulación. Desde el ángulo teórico se propugna una casi inmediata fusión social, de acuerdo con los principios elaborados. Y lo que es más grave, exige una política colonial conforme con estos principios. Desde el punto de vista de la vivencia directa se considera que si el negro es capaz de incorporarse a las formas culturales occidentales, ello ha de ocurrir necesariamente sin forzar el curso natural de las cosas. (Aunque en el fondo y por deducciones de la observación directa se considere al negro con muy pocas posibilidades para ello.) Intentar forzar las etapas, aparte del considerable perjuicio que ello supondría para el mantenimiento de las actuales superestructuras encuadradoras, redundaría en doble perjuicio para el negro mismo. Doble perjuicio derivado tanto del quebranto de la función encuadradora, sin cuyo sustento la sociedad negra, hoy en trance de disgregación, habría de entrar en una situación anárquica de consecuencias desastrosas, como de las mutuas reacciones de repulsión que surgirían de una forzada y prematura convivencia.

LUIS TRUJEDA INCERA

CRONICAS

